

Prof. Boris Shatzky

La Rusia Soviética y la Sociedad de las Naciones

(Sumario histórico)

I

El ingreso de Rusia en la Sociedad de las Naciones, aumenta el interés histórico de las tentativas anteriores efectuadas por los diversos gobiernos con ese fin, como igualmente de las relaciones que existían previamente entre ellos.

Al tiempo de la formación del gobierno soviético en Rusia, los Aliados, en vista de la guerra, deseaban a toda costa evitar la tirantez de relaciones con Rusia. Con esta finalidad, Sir George Buchanan, el embajador inglés en Petrogrado propuso al consejo supremo interaliado de Versailles liberara a Rusia de la obligación de continuar la guerra, estimando que esa declaración podría tener para los aliados consecuencias favorables. Los Estados Unidos se inclinaron a aceptar este punto de vista conforme a la política conciliatoria de Wilson hacia la Rusia Soviética, pero los otros gobiernos juzgaron imposible esta línea de conducta (1).

Ulteriormente, el 30 de Junio de 1919, Clemenceau declaró en la Cámara de Diputados, «la paz general no sería más que un engañoso miraje si nosotros no fuéramos capaces de vivir desde luego en paz con nosotros mismos; es decir, presentar como fun-

damento de la paz exterior, la paz interior en nuestro país» (2). Clemenceau ha esvumado el problema de la paz interior en Europa bastante complicado, pues, él se vió obligado a defender en la Cámara, un poco más tarde, la necesidad de dejar a Alemania el derecho de conservar un cierto efectivo de tropas: «Se debe dejar algún ejército a Alemania para impedir que el bolchevismo aparezca en este país. La Sociedad de las Naciones no dispone de sanciones militares, y yo mismo rechazo la de movilizar un solo soldado francés para ir a defender la Alemania» (3). Estas palabras demuestran que la Europa ha comprendido desde luego el peligro de la política soviética para la paz europea. Sin embargo, ha vacilado desde luego entre dos políticas opuestas: la tendencia a abozalar al oso soviético, y la tendencia a amansarlo. Al fin fué la segunda solución la que prevaleció. Los aliados no podían contar con su propio órgano, el Consejo Supremo Interaliado, para mantener el contacto con los Sovietes. Por eso los Aliados prefirieron recurrir a otro órgano que estaba del todo indicado: la Sociedad de las Naciones. En su calidad de Presidente del Consejo Interaliado, Lloyd George se dirigió al Consejo de la Sociedad de las Naciones pidiéndole organizara una investigación, y enviara a Rusia una comisión para estudiar las condiciones locales. El llamado del Consejo Interaliado a la Sociedad de las Naciones que es, más importante que la cuestión de la investigación en Rusia, nació en Ginebra, en la oficina Internacional del Trabajo, la que se dirigió, con este motivo, a los aliados. El hecho que esta cuestión llegara ante el Consejo de la Liga de las Naciones, como consecuencia de una doble petición, atestigua las dificultades que emanaban del primer contacto con la Rusia Soviética. La fuerza material estaba en las manos de los Aliados, la autoridad moral estaba en la S. D. N. Pero esta última debía solucionar primeramente una grave cuestión, a saber: Si ella misma tenía el derecho de participar en las discusiones relativas a la situación rusa, mientras la Rusia no era miembro de la Sociedad. El Consejo respondió afirmativa-

mente a esta pregunta, apoyándose diestramente sobre la fuerza material aliada sin perjudicar el carácter imparcial de la investigación. Efectivamente, el Consejo consideraba como una cosa subentendida que los Aliados tomarían la comisión de investigar bajo su protección, y que ellos considerarían toda acción perjudicial a la seguridad o a la dignidad de sus miembros, como dirigida contra los Aliados mismos. Esta actitud que combinó teóricamente las ventajas de ambas, pedidos en vista de la tirantez de las relaciones con el gobierno soviético, debía conducir realmente a una nueva dilación y a transferir la responsabilidad de la S. D. N. a los Aliados. Los telegramas cambiados con este motivo, caracterizan bien la actitud de la S. D. N. hacia la Rusia Soviética, y la posición tomada por esta última en contra de la S. D. N. (4). Efectivamente, la resolución de Zik (el Comité central ejecutivo) del 7 de mayo de 1920, muestra ya perfectamente una especie de oposición psicológica hacia la S. D. N., pero el gobierno soviético todavía vacila acerca de la forma que debía darse a esta oposición desde el punto de vista político y jurídico. Eso determinó que la resolución tuviera un doble sentido, y careciera de sinceridad. Por una parte, el Zik se manifestó contento de la gestión, puesto que indicaba que los Aliados habían comprendido la imposibilidad de abozalar al pueblo ruso; y por esta razón la decisión de enviar una comisión fué interpretada por el gobierno como prueba de que una parte de los Estados, miembros de la S. D. N., había renunciado a la lucha en contra del pueblo ruso. Celebrando este hecho el Zik avanzó sobre el camino del reconocimiento de la S. D. N. quejándose que hasta entonces esta última no hubiera hecho ninguna manifestación oficial, para informar al pueblo ruso de su existencia. Este acontecimiento no impide entonces que el Zik estuviera bien dispuesto hacia la investigación y que aceptara la idea de una delegación emanada de la S. D. N. Sin embargo, por otra parte esa resolución de investigar el descontento de la política de algunos Estados participantes de la S. D. N. y hace recaer

toda la responsabilidad sobre los hombros del organismo Ginebrino: Polonia hace la guerra a Rusia, y algunos estados de la S. D. N. la sostienen. Por consiguiente, razones militares se oponen a la llegada de la comisión de la S. D. N. al territorio soviético hasta que la paz sea establecida (5). Sean cuales sean los motivos de esta resolución, es claro que en este momento la Rusia soviética no deseaba actuar como un enemigo franco e irreductible de la S. D. N. prefiriendo declinar su pedido de un modo evasivo. El Consejo de la S. D. N. no siguió a los Soviets en este camino tortuoso, y puso la dificultad en un terreno más importante. Declaró que el gobierno soviético ponía condiciones que equivalían al rechazo: Su respuesta intenta hacer una diferencia entre los Estados, pero la Sociedad es una unión internacional. Por eso, sus comisiones no representan a los Estados, sino a la Sociedad misma (6). En respuesta al telegrama que sostenía que los Soviets eran responsables del fracaso de las negociaciones, Tchitcherine comunicó a Ginebra, el 26 de mayo, que el gobierno soviético estaba sorprendido con la pretensión de la solidaridad absoluta atribuida a la S. D. N. En estas condiciones fué aún más lamentable que ella permitiera a uno de sus miembros: a Polonia atacar a Rusia, mientras los otros miembros ayudaban a su agresor. El Consejo de la S. D. N. consideró esta respuesta como un rechazo, comunicó su opinión a los miembros de la comisión. Así se terminó la primera tentativa para establecer un contacto entre la S. D. N. y la Rusia, tentativa que costó muchos esfuerzos a los círculos radicales europeos, en la lucha contra las tendencias conservadoras en juego en la cuestión.

Efectivamente, desde el 17 de noviembre de 1919, Henderson en su calidad de representante del partido obrero, en la Cámara de Comunes, declaró que era preciso poner fin a la intervención en Rusia, y al mismo tiempo enviar a una comisión de la S. D. N. que debía de llevar una ayuda moral y económica a la Rusia. Esta comisión debía ser compuesta por los represen-

tantes de los gobiernos, y de la clase trabajadora, ensayando la búsqueda de los medios para restablecer la prosperidad en ese país. Por la parte contraria, el representante de los Conservadores, Hycks declaró que el arbitraje no podría dar resultado alguno sino entre las gentes del mismo nivel moral y en la cuestión rusa la comisión no pudo arreglar las cosas, lo mismo que la religión cristiana no puede curar un cuello roto. A su juicio, la S. D. N. debía distinguir entre el mal y el bien, y no traicionar a los antiguos amigos y aliados.

Esta misma oposición, ha obligado al gobierno soviético a tomar en cuenta los círculos radicales europeos, y por tanto a disimular su hostilidad contra la idea misma de la S. D. N. que se oculta bajo las objeciones dirigidas contra los defectos de su organización. Con esta política muchos Diputados en los parlamentos europeos, han propuesto diversas soluciones a este respecto: creían estos que la actitud negativa de la Rusia hacia la S. D. N. derivaba solamente del hecho de que este país no había sido todavía invitado oficialmente a participar en el organismo Ginebrino; por lo tanto, intentaban influenciar en este sentido a sus gobiernos (7). Pero la S. D. N. misma no tenía ya muchas esperanzas sobre ese asunto. Su escepticismo se manifestó ya en 1922, a pesar del hambre que apareció en Rusia. Se pudo creer, entonces, que este país tendría la necesidad de recurrir a la S. D. N. Con este motivo el 26 de marzo de 1922, el señor Nansen, a nombre del gobierno Noruego, presentó esta cuestión al Consejo de la S. D. N. Desde luego, el Consejo, por motivos de forma, aplazó esta cuestión (8); pero el 16 de mayo, Nansen propuso de nuevo enviar a Rusia una comisión de investigación, para esclarecer la situación y recomendar las medidas necesarias (9). Previendo las objeciones, en vista de las tentativas fracasadas en el año anterior, Nansen afirmó que los miembros de la nueva comisión no tenían la necesidad de dirigirse a Rusia: Podrían servirse de los organismos de información, que los Estados europeos mantenían en Rusia, y también de las ins-

tituciones de beneficencia. Esta proposición, muestra por sí misma la dificultad, en que se encontró la S. D. N. para hallar una solución jurídica apropiada. Entonces, se pensó utilizar la Conferencia de Génova, que tenía lugar en ese tiempo. El delegado de Italia, el marqués Imperiali, prometió a Nansen un consuelo inesperado, declarándole que, si la Conferencia de Génova rehusaba ocuparse de este problema, el Consejo de la S. D. N. podría considerarlo. El carácter condicional de las proposiciones, demuestran claramente las complicaciones para solucionar el problema ruso en un cuadro europeo; ya sea por el Consejo de la S. D. N. en Ginebra o ya por el consejo interaliado. Efectivamente, cuando el Consejo de la S. D. N. decidió enviar la cuestión a la Conferencia de Génova, esta última se negó a aceptar este regalo, de suerte que el 20 de julio de 1932, Nansen fué obligado de nuevo a presentarla al Consejo (10). El Marqués Imperiali, en respuesta a su nueva proposición, sugirió una resolución muy alejada del modo radical en que el gobierno noruego quería solucionar el problema. Según esta resolución aprobada por el Consejo, el Secretariado, fué encargado de reunir todas las informaciones que fueran posibles, obtener de los diversos gobiernos o de órganos de beneficencia completándolas con las informaciones recibidas por otros medios (11). En la sesión del Consejo, de 31 de enero de 1923, esta solución ya demasiado pálida fué definitivamente cubierta con la losa sepulcral. El informe del Secretario General, llegó a la conclusión de que no era preciso crear una comisión especial; y que, para evitar la pérdida del trabajo la clasificación de las informaciones con el fin de la utilización eventual en el porvenir, sería efectuada por el secretario mismo (12). Según la proposición de Quiñones de León el Consejo aceptó esta última solución, liquidando de esta manera la cuestión de una investigación en Rusia (13).

I I

Aunque la S. D. N., comprendió en ese momento la imposibilidad de establecer un contacto con la Rusia, algunos Estados no perdieron todavía la esperanza de atraer a los Soviets a la comunidad internacional. Entre estos últimos Estados debiera colocarse en primer lugar, parece, la Alemania, pues ella podría aprovecharse de todo aumento de las fuerzas, o de todo mejoramiento de la situación de su aliado de hecho en esa época. Pero la Alemania, entonces no participaba en la S. D. N., y por consiguiente ella prefería mantener a Rusia como un espantajo para la Europa, pero el acercamiento de Rusia a la Organización de Ginebra, no correspondía a esta última finalidad. Y por esta razón la tarea, que debía pertenecer a la Alemania, fué asumida de hecho para Inglaterra.

En aquel tiempo la tendencia mencionada fué algo más que la política de un solo partido inglés, pues fué la política de la Inglaterra entera. Con respecto al partido obrero esta actitud fué manifestada desde mucho antes. El 24 de marzo de 1921, el Diputado Nills preguntó al primer Ministro, cuándo la Rusia sería autorizada a entrar en la S. D. N. (14). En el año siguiente Clynes expresó su descontento por la política oportunista del gobierno: «Nosotros no apretamos la mano de la Rusia, no hacemos más que tenderle tres dedos (15). El primer Ministro del Gabinete de Coalición Lloyd George, ha hecho todo lo posible para acercarse al punto de vista del partido obrero. En agosto de 1921, presentó una proposición para enviar una comisión de investigación a Rusia; y, previendo el éxito de esta última sobre la base de una cooperación con el gobierno soviético, Lloyd George tenía el propósito de tranquilizar a este último: «aunque el gobierno soviético tome parte en la organización de la investigación, no significará por este hecho que reconocerá los gobiernos extranjeros» (16).

La idea de colocar en lugar del reconocimiento del gobierno soviético por los Estados europeos, el reconocimiento de estos últimos por los Soviets, no fué la etapa definitiva en la evolución del primer ministro inglés. El 3 de abril de 1922 puso la cuestión sobre el terreno práctico diciendo que sería preciso crear la paz con Rusia y en Rusia; e invocó el ejemplo de Pitt quien declaró en 1797 querer la paz con el gobierno revolucionario de Francia, haciendo abstracción completa del problema, relativo a si los conceptos proclamados por él eran buenos o malos. El primer Ministro expresó entonces el deseo de que la Rusia aceptara los conceptos reconocidos por los Estados civilizados como una premisa necesaria para ser miembro de la comunidad internacional (17). Mencionó entre estos conceptos, la necesidad de pagar las deudas nacionales, aunque el partido obrero se pronunció siempre en contra de esta exigencia, Lloyd George prometió a los Soviets como recompensa de la ejecución de estas condiciones, extender el pacto de la S. D. N. hasta la Rusia, de modo que los países limítrofes se obligaran a no atacarla, en cambio de una promesa análoga hecha por ella a sus vecinos. El rasgo más notable de la evolución seguida por Lloyd George, fué, que no contento con fijar las condiciones a los soviets llega hasta estimar que estas condiciones fueron ya realizadas por el gobierno soviético. Efectivamente, creyó encontrar en el discurso de Lenín, el 1.º de noviembre de 1921, una base sobre la cual sería fácil llegar a un arreglo con la Rusia. Esta actitud fué preparada para conciliar su posición con la del partido obrero, que declaró, por medio de sus representantes, que el primer Ministro había comprendido la locura de una intervención en los asuntos interiores rusos, pero que, por desgracia, todavía estaba lejos de convencer a sus propios partidarios de esta cuestión. Fué injusto este reproche, pues, la gran mayoría del partido liberal ya habían compartido las ilusiones de su jefe con motivo de la posibilidad de hacer entrar inmediatamente la Rusia en la comunidad internacional. Por ejemplo, Sir Donald Mc-Lean miembro

influyente del partido, estimaba que la Conferencia de Génova convocada para negociar con la Rusia, tenía como tarea principal la de corregir los antiguos errores del gobierno inglés en la cuestión rusa (18). El partido Conservador mismo, no ofreció más que espectáculos de la tendencia uniforme, que lo caracterizó anteriormente a este respecto. Es verdad que Bonar Law tenía aún miedo de que la Conferencia de Génova no condujera al reconocimiento del gobierno soviético (19), y que Sir Samuel Hoare aun hablaba de la imposibilidad de negociar con tres gobiernos en Rusia: Los soviets, la Checa y el tercero internacional (20). Pero, por otra parte, Lord Curzon interpeló al gabinete con el fin de conocer si este último estaba dispuesto a proponer a la S. D. N. el reconocimiento formal del gobierno soviético, y la admisión inmediata de la Rusia (21) mientras que el Subsecretario de Estado, de las relaciones extranjeras, señor Mac-Neal, tomaba la defensa de la delegación de Georgia en la conferencia de Lausana, cuando Snowden reprochó a los bolcheviques la destrucción de la independencia de este país. Sólo Chamberlain quedó fiel a sí mismo, indicando, aunque sin gran entusiasmo, que la Conferencia de Génova, podría ser útil en el caso que ella no condujera a nada, respecto de la Rusia soviética (22). Además, para concluir, podría citarse la observación de Cecil: «La actitud tomada por el gobierno en este asunto, es tan contradictorio que yo no conozco cuál es la política rusa del gobierno Británico» (23). Pero, los políticos, los más inclinados al acercamiento con la Rusia, debían no obstante a su tendencia, mostrar los hechos comprobados en este asunto. Antes de la Conferencia de Génova los partidarios de esta política, no podían citar más que un resultado mínimo de sus esfuerzos: a saber la investigación de la comisión de epidemias, del Comité de Higiene de la S. D. N. la que logró funcionar en Rusia. Sin embargo, este insignificante éxito no pudo repetirse de inmediato en el campo de la lucha contra el hambre (24). Los resultados de la política irreductible del gobierno soviético, no se hicieron

esperar. La Inglaterra perdió la fe en las conferencias entre los aliados y la Rusia; de modo que Wedwood, miembro del partido obrero, declaró que no valía la pena llevar a Génova una centena de delegados británicos para discutir la superioridad del capitalismo o del comunismo (25). Después que Lloyd George, proclamó solemnemente la necesidad de una comisión internacional en nombre de la S. D. N., para ayudar al pueblo ruso (26), el Subsecretario de las relaciones exteriores, Harms Worth respondió categóricamente a la interrogación de Cecil, que, según la idea del Gabinete, no se puede alcanzar a ningún resultado práctico enviando a Rusia una comisión de investigadores (27). Este cambio de la política británica, llegó en tiempo apropiado, pues él fué precedido por el cambio completo de la actitud del gobierno ruso que decidió abrir una franca lucha contra la S. D. N.

III

La actitud negativa del gobierno soviético hacia la S. D. N., se manifestó en dos direcciones: a) en el modo de juzgar en Rusia misma la organización de Ginebra; y b) en los actos políticos en el extranjero.

Desde luego, el gobierno soviético criticó a la S. D. N., siguiendo la línea de la más débil resistencia. En la sesión del Consejo de Leningrado del 3 de marzo de 1926, Rykoff, el presidente de S. N. K. (El consejo de los comisarios) declaró: «La S. D. N., ha demostrado por su actividad, que ella es una sociedad de dominación de los Estados vencedores en la última guerra, y que ella asegura solamente la continuación de la guerra imperialista, y no la causa de la paz» (28). Este argumento repetido en muchas veces, debía conducir a la Rusia a celebrar la transformación de la S. D. N. cuando esta última ha tendido a la universalidad, comprendiendo a la Alemania, ligada de amistad con la Rusia. Nada muestra mejor la hipocresía de la actitud soviética en este

momento que los resentimientos expresados por los Soviets con motivo de la adhesión alemana a la S. D. N. «no podría disimular que la adhesión de la Alemania a la S. D. N., la ató considerablemente las manos en la política exterior, y que esta adhesión podría ser utilizada al fin, para conducirla a una mala disposición contra nosotros» (29). Además, el mismo Rykoff, negó el papel pacificador ginebrino: «No es la S. D. N., ni el tratado de Locarno los que pueden asegurar la paz, pero esta última podría ser alcanzada solamente por la convención de las uniones profesionales» (30). La Rusia quiere aprovechar todos los medios para aumentar el posible descontento de algunos países para alejarlos de la influencia de la S. D. N. Empezó a obrar en este sentido con sus más próximos vecinos, a los que ensayaron de convencer de que su independencia no sería jamás tolerada por ningún otro gobierno ruso. Respecto a otros países, el gobierno soviético, adoptó medios realmente calcados de la tercera sesión del Zik; Rykoff, declaró con respecto a la Inglaterra: «Nosotros no podemos tomar obligaciones que no podremos cumplir, aunque estas sean conformes al derecho romano e internacional» (31).

Rykoff sacó de este pasaje la conclusión de que el gobierno soviético no consentiría jamás en aceptar otras obligaciones, que las que pudiera cumplir y que fueran útiles a las partes contratantes. Con respecto al segundo pilar del mundo capitalista, es decir, a los Estados Unidos, los Soviets vacilan todavía: a veces dirigen a este país amenazas disfrazadas, diciendo que él fué durante largo tiempo la cabeza del movimiento que trató de aislar a la Rusia, hecho que, según la afirmación rusa no produjo más que su propio aislamiento (32). Otras veces los Soviets subrayan que los Estados Unidos no han figurado jamás entre los países que intrigaban contra la Rusia. Poco a poco, la ideología soviética marca diversas etapas en la proclamación del peligro, que amenaza a la Rusia a la causa del plano de los estados occidentales que tiene por fin cercar a este país tras la fachada de

la S. D. N. (33). La diplomacia soviética empieza a considerar todos los acontecimientos de la vida internacional bajo la luz de esta conjuración fingida cuya finalidad es solamente alcanzar con un golpe decisivo a la Rusia (34). Realmente, Rykoff declaró desde mucho antes que no había en el mundo más que dos políticas: la de los Estados Unidos, que defiende el capitalismo y la de la Rusia en defensa del socialismo. Todos los otros países entran en el dominio del primero o del segundo sistema. El carácter categórico de esta afirmación no impidió sin embargo a la diplomacia soviética modificarla poniendo a Inglaterra en lugar de los Estados Unidos, cuando las malas relaciones con ella, la hacían el punto de mira para sus rencores (35). El 15 de octubre de 1927, Rykoff ya declaró en Leningrado que la ruptura entre la Inglaterra y la Rusia comprobaba que la primera trataba de organizar una alianza contra la segunda. En el quinto congreso de los Soviets, (el 20 de mayo 1929) Rykoff continuó afirmando que el conflicto anglo-soviético no es accidental y que durante la sesión de marzo de 1927 del Consejo de la S. D. N. la Inglaterra expuso en los pasillos los planos concretos del ataque contra Rusia (36).

Sin embargo, la actitud de Inglaterra fué apreciada diferentemente en los diversos momentos: a veces el gobierno soviético proclamaba que la guerra era inevitable, otras que la situación inglesa era desesperante, pues ningún Estado quería conformarse a su política; sin embargo, los hombres políticos de los Soviets estuvieron siempre de acuerdo para hacer caer la responsabilidad principal sobre Inglaterra. Efectivamente, cuando en 1927, Italia ratificó el tratado de 1920 relativo a la unión de la Besarabia con la Rumania, los Soviets la consideraron desde luego como la prueba de la presión inglesa. La Italia creyó necesario reaccionar inmediatamente contra una interpretación semejante. Durante los debates en la Cámara Italiana de Diputados, el 10 de marzo de 1927, con objeto de confirmar el decreto real que aprobó la unión de la Besarabia con la Rumania

el oponente señor Torres Andrea subrayó particularmente que ese acto era la expresión de la política nacional y no de una política impuesta desde fuera: «Esta ratificación es conforme a la opinión pública, a la conciencia del pueblo, a la lógica política de Italia y a la lógica internacional. Si la Italia no ha ratificado este tratado anteriormente fué con el objeto de que la Rusia se pusiera de acuerdo por sí sola con Rumania. Eso no se realizó, pues Rusia permaneció ligada al concepto imperialista mientras que Rumania se ha fundado sobre el concepto nacional» (37). La Cámara de Diputados adoptó esta tesis por la casi unanimidad, pero esto no convenció al gobierno soviético.

Entretanto, reservando a la Inglaterra el papel inicial en la campaña en su contra, Rusia soviética no liberó a los otros Estados ni a los organismos internacionales formados por ellos en Ginebra de toda la responsabilidad en este asunto. Según la opinión del Soviet en este tiempo, cada Estado, en particular, y todos juntos no pensaban en otra cosa que en aniquilar el poder de Moscú. Realmente, cuando la Finlandia propuso a la S. D. N. que en caso de conflicto entre un Estado miembro de la S. D. N. y otro que no lo es se estimara a este último Estado como agresor, la diplomacia soviética vió en eso la transformación de la S. D. N. de una unión defensiva en alianza ofensiva dirigida contra Rusia. Los tratados de Locarno, que tendían a la pacificación europea y garantizaban la inviolabilidad de las fronteras del Occidente, no tenían según los Soviets más objeto que preparar un ataque antisoviético. Litvinoff, sobre todo, insistió en subrayar esta idea en la sesión del Zik (Comité central ejecutivo) de la Unión, expresando su rencor porque los Estados imperialistas lograron crear la S. D. N., organismo poderoso que esos Estados utilizan con fin de realizar sus deseos. Los temores de Litvinoff se explicaban por la idea de que la entrada de Alemania en la S. D. N., podría alejarla de Rusia y acaso atraerla a la alianza antisoviética.

Bredt, el representante de la Unión Económica en el Reichs-

tag proclamó francamente: «Nosotros, no estamos ciertos de la necesidad para Alemania de entrar en la S. D. N., pues tememos que ello nos lleve a la guerra con Rusia (38). De otra parte, el 4 de noviembre de 1922, uno de los instigadores del tratado de Rapallo, señor Maltzan, declaró, en una conversación confidencial con el embajador de Inglaterra, en Berlín, Lord d'Abernon, que si Rapallo no tenía lugar, la Alemania debía temer a una acción común de la parte de Francia y de Rusia sobre la base del párrafo 116 del tratado de Versalles (39). Es curioso anotar que los Soviets mismos trataron de hacer más graves esta amenaza para influir en la decisión de Alemania (40). Sin embargo, la Alemania de ese tiempo siguiendo las relaciones amistosas con Rusia, tenía un poco de miedo en ligarse irrevocablemente con ella. El tratado de Rapallo mismo, cuyo objeto fué asustar a los Estados occidentales, según la versión alemana oficial, no ha contenido jamás una convención militar secreta. Tchitchérine dió al embajador de la Inglaterra seguridades formales en este sentido (41), y él expresó la convicción de que Alemania no había consentido jamás en firmar una convención semejante. Sea como fuere, es de notar que, temiendo al mismo tiempo provocar el descontento de Inglaterra y de Turquía, Alemauia rehusó extender los efectos del tratado de Rapallo a Khiva y Boukhara.

La entrada de Alemania en la S. D. N., tornando el eje de la política Alemana hacia el occidente obligó a este país a asegurar a los Soviets que ese acto no era dirigido contra Rusia (42). Ese fué el objeto del tratado ruso-alemán, del 24 de abril de 1926; después que Stresemann y Krestinsky canjearon las notas oficiales adicionales (43), Streseman expresó, a nombre de su gobierno, la convicción de que la entrada de la Alemania en la S. D. N. no sería un obstáculo a la conservación de las buenas relaciones con Rusia. La idea principal de la S. D. N. es la solución pacífica de los conflictos internacionales y la Alemania colaborará en esto con ella. Pero, si al revés de esta esperanza,

la S. D. N. demuestra tendencias hostiles a Rusia, Alemania se opondría enérgicamente contra ellas. Esta obligación general fué seguida por una nota consagrada a la interpretación de los artículos 16 y 17 del Pacto de la S. D. N., en un sentido compatible con la amistad hacia el vecino oriental. Krestinsky tomó nota en nombre de Rusia, de estas explicaciones y Rykoff apoyó esta actitud confianza hacia el gobierno alemán, diciendo al Congreso del Soviet: «Durante cinco años corridos, desde el tratado de Rapallo, nosotros no tuvimos jamás que quejarnos de nuestras relaciones con la Alemania; y por consiguiente, actualmente no podemos más que tener fe en las declaraciones oficiales del gobierno alemán». Por el momento, el gobierno soviético prefería hacer una buena máscara para cubrir su cara descontenta.

El 10 de junio de 1926, el parlamento alemán tuvo la oportunidad de discutir detalladamente el tratado ruso-alemán. El canciller Marx indicó en aquel entonces que, aunque este tratado no tenía necesidad de ser ratificado por el poder legislativo, el Gabinete en vista de su importancia política prefería consultar al Parlamento antes del canje de las ratificaciones. En esta oportunidad el canciller recordó del tratado de Rapallo firmado en tiempos en que Rusia y Alemania estuvieron igualmente aisladas aunque por motivos diferentes. Este recuerdo fué necesario para el canciller al fin de establecer que el tratado de Rapallo permanecería siempre en vigencia. Además, el nuevo tratado de Berlín, de 1926, empieza con esta misma afirmación. El canciller reconoció con razón que no hay necesidad de un nuevo tratado para confirmar un tratado existente, pero admitió que era preciso tranquilizar a la diplomacia rusa, pues Locarno y la entrada alemana en la S. D. N. provocaban en Rusia el temor de un cambio de la política alemana (44). Esta desconfianza rusa motivó la conclusión de un tratado que confirmó una vez más la situación siempre reconocida por la Alemania. Después, el canciller tomó la defensa de Locarno y de la S. D. N. que no tenían punta aguda dirigida contra la Rusia. El tratado de Berlín no rechaza

ni a Locarno ni a la S. D. N., sino que los completa. La política alemana no es contradictoria, pues solamente la acción común de Locarno y del tratado ruso-alemán puede asegurar el desarrollo pacífico europeo en el cual la Alemania, según el canciller, sirve de puente entre el Oriente y el Occidente. El representante de los conservadores Dernburg y el social-demócrata Breitscheid apoyaron completamente el punto de vista del canciller; ambos juzgaron útil subrayar que la conclusión del tratado era no solamente necesaria para las relaciones ruso-alemanas sino también indispensable a la S. D. N. pues así el pueblo ruso comprenderá las verdaderas tendencias de este organismo. Breitscheid aprovechó esta oportunidad para expresar la esperanza que este tratado abriera a Rusia el camino hacia el sistema de la paz europea y Ginebra. Como siempre en las relaciones ruso-alemanas los representantes de los extremistas de derecha (Reventlow) y de los comunistas (Schneller) ocuparon una posición común y hostil a la tendencia pacífica. Reventlow declaró que el porvenir de Alemania estaba en oriente, que el gobierno soviético trataba la adhesión alemana a la S. D. N. como un acto poco amistoso y que en caso de conflicto entre la S. D. N. y el Soviet, la mayoría parlamentaria alemana seguiría a los estados occidentales. En otros discursos en el Reichstag, Reventlow tomó una posición ya más clara indicando la contradicción entre la política de Stresemann y sus declaraciones ante el parlamento. Por una parte el ministro cita a los Izvestia que lo alaban para su resistencia a la presión dirigida contra él en Ginebra y por otro lado, asegura que esta presión no ha existido jamás. Reventlow dijo, además, que según sus informaciones las negociaciones con Stresemann relativas al paso de las tropas a través de la Alemania fueron conducidos muy enérgicamente: Eso no es un frente de unión, sino un frente de agitación («Kein Einheitsfront, aber ein Einheitsfront») dice el orador señalando que Inglaterra no ejerció aún su más grande presión. En consecuencia, el hecho de que el temor de Inglaterra respecto de una alianza militar entre la

Rusia y la Alemania fuera reemplazado por el temor de Reventlow con motivo de la acción combinada del Occidente y de Alemania contra la Rusia, demuestra la importancia de la evolución alemana.

El representante de los comunistas, Schneller, trataba de probar a su turno que la S. D. N. preparaba la guerra contra Rusia; que Locarno era una nueva manifestación de la piratería imperialista y que ya en el asunto del tratado de Berlín, Alemania actuó bajo la fusta del gobierno inglés (45). Sin embargo, las aspiraciones de entonces del pueblo alemán a una política de buenas relaciones con Rusia eran tan fuertes que los comunistas mismos no tenían la osadía de llevar a la conclusión lógica sus ataques en contra del tratado y debieron votar su ratificación.

Durante la discusión del presupuesto del Ministerio de Negocios Exteriores en el Reichstag, en marzo de 1927, todos los oradores pusieron los puntos sobre las íes: Stresemann marcó los jalones de la política alemana de un modo todavía más claro que el canciller Marx, precisando que esta política debía ser determinada por Locarno, por la adhesión a la S. D. N. y por el tratado ruso-alemán de Berlín. En caso de conflicto entre la S. D. N. y Rusia, Alemania no se aliará con ninguna parte (46). Breitscheid, hablando en el nombre de los sociales-demócratas, explicó el sentido verdadero de esta fórmula de Stresemann. El conflicto se resume en la diferencia ruso-inglesa «es deplorable que la S. D. N. no sea bastante fuerte para solucionarle; la guerra es poco probable, pero si ella viniera nosotros no podríamos aceptar ningún precio que Inglaterra pudiera o quisiera ofrecernos». Por otra parte, siendo fiel a la tradición demócrata, Breitscheid se pronuncia también contra la alianza militar con Rusia y no quiere que las relaciones con los Estados limítrofes sean consideradas exclusivamente desde el punto de vista de la orientación soviética (47). En general, todos los partidos de la mayoría parlamentaria (Rheinbaben, Bred, Kaas, Emminger) compartieron esta opinión (48). Sin embargo, eso no podía na-

turalmente impedir que un representante de los comunistas, Stecker, apareciera de nuevo en la tribuna para denunciar a la S. D. N. «que preparaba una agresión militar contra la Rusia» (49); y ello a pesar del consejo de un orador conservador como Rheinbaben quien trataba de convencer a Rusia de que se abandonara su idea respecto a la existencia de un complot anti-soviético (50).

IV

La aclaración de la posición de Alemania, demostrando que ésta no se solidarizaba con Rusia contra el Occidente en un ataque militar, trajo un gran alivio a los partidos de la S. D. N. y de la paz. La Europa sintió el peligro de una cooperación rusa-alemana poco después de la firma del tratado de Versalles. El 3 de abril, el diputado Davies interpeló al gobierno británico preguntándole con ansias si estaba al corriente del hecho de que Alemania y Rusia negociaban el restablecimiento de las relaciones amistosas y si pensaba hacer representaciones a Alemania con este motivo (51). Engañada en sus esfuerzos para impedir a Alemania entrar en la S. D. N., la Rusia llevó sus amenazas aun a otra parte, ensayando de convencer al Occidente de que la nueva actitud de la Alemania echaría a Rusia hacia el Oriente. La Europa no dudaba de la fuerte impresión que Rusia sintió como consecuencia de la entrada alemana en la S. D. N. Sin embargo, algunos hombres de estado europeos tenían la idea de aprovechar este momento favorable para traer a Rusia a una capitulación ante las ideas de Ginebra. Mac-Donald, por ejemplo, estimaba que la tarea principal «consistiría» en hacer entrar a Rusia en la comunidad internacional» (52). Se imaginó, efectivamente, que esta finalidad podría ser alcanzada al mismo tiempo que la entrada de Alemania en la S. D. N. (53).

Esta idea no era monopolio del partido obrero pues, el 21 de febrero de 1924, la oposición preguntó al gabinete si no juz-

gaba útil proponer a los otros gobiernos el envío a Alemania y a Rusia de una invitación común para entrar en la S. D. N., con la promesa también de procurar incluirlas en el Consejo de esta institución. Ponsonby respondió en nombre del gobierno que éste último simpatizaba con esa proposición pero añadió que la política exige a menudo la discreción (54). Cuando se comprendió que la tarea de atraer a Rusia al organismo Ginebrino, estaba en aquel momento por encima de las fuerzas del gobierno obrero británico, se empezó a temer que la adhesión de la Alemania no irritara a Rusia. El 18 de noviembre de 1925, Chamberlain rechazó enérgicamente esas inquietudes respondiendo a la declaración de Ponsonby: «cuando el honorable Diputado prevee que Rusia será lanzada en brazos del Asia, quería decir que nosotros no debíamos hacer nada con Alemania sin el consentimiento de Rusia. Es el solo sentido del discurso de Ponsonby; en caso contrario eso será un absurdo» (55). La observación de Ponsonby que él no expresó una opinión personal sino que citó simplemente las fuentes soviéticas, provocó la respuesta maliciosa de Chamberlain diciendo que en ese caso el Diputado había repetido un absurdo extraño, y habiendo calificado la opinión de Ponsonby como una perversidad de la interpretación, él expresó la esperanza «de que Rusia comprendería pronto o tarde que una posición hostil a la opinión pública del mundo era contraria a sus propios intereses» (56). Pero los Soviets no quisieron, por el momento, aprovecharse del consejo de Chamberlain, y por otra parte, como la entrada de Alemania en la S. D. N. puso término a sus planos militares en Occidente, se vieron obligados a buscar otro campo de actividad. El discurso de Rykoff en la tercera sesión de Zik de la Unión, en 1925 tiene ya como su punto de salida la oposición de los intereses europeos a los rusos en Oriente donde «la influencia rusa progresa continuamente mientras la europea está bajando (57)». Al mismo tiempo los documentos emanados de los soviets mencionan que «nuestros enemigos mismos reconocen el crecimiento de

nuestra autoridad en Oriente». (58). El hecho de que los documentos de gobierno ponían como base de esta presunción el tratado soviético japonés de 21 de enero de 1925, demuestra que el gobierno ruso tenía en cuenta la importancia de la posición japonesa en lejano Oriente. Efectivamente, dejando a un lado las fantasías del gobierno soviético, según las cuales la conclusión de este tratado conseguiría el aislamiento completo de los Estados Unidos», debe considerarse como suficientemente demostrada la tendencia del Japón de ese entonces a no crearse un enemigo irreductible y a aprovechar, al contrario, en sus propios intereses, la inestabilidad en el Extremo Oriente. En otras palabras, el Japón en aquel momento demostró una disposición a jugar en el conflicto de los intereses occidentales y soviéticos el papel de tertius gaudens, que la Alemania jugó durante largo tiempo en Europa. Rusia tenía necesidad si no el apoyo, por lo menos de esta analogía de intereses en Oriente, especialmente por la razón de que Alemania disminuyendo vinculaciones con los Soviets en Europa rompió definitivamente este contacto en Oriente. Efectivamente, la prensa alemana empezó a insistir en que el Reich no podía ayudar a los Soviets en su tarea de deslizar las fuerzas del Oriente contra la cultura occidental. El Anuario del Comisariato de las Relaciones Extranjeras rusas reconoció que este punto de vista correspondía a la posición oficial de Alemania. Deseando dominar el crecimiento del movimiento revolucionario en la China, el gobierno ruso continuaba ignorando la reacción hostil provocada en Europa por su conducta en el lejano Oriente. Pero pronto los Soviets debían reemplazar la constatación optimista de que «nuestras relaciones amistosas con la China son conocidas por todo el mundo» por una confesión pesimista: «El estupendo éxito del movimiento revolucionario en China fué aniquilado por los militaristas». Los Soviets acusaron de este cambio de la situación al gobierno inglés. En el congreso soviético, el 10 de abril de 1927, Rykoff subrayó que la agresión contra la embajada rusa en Pekín y el consulado en

Shangay fué preparada por una influencia que una vez descubierta se reveló como británica. Constató que la violación de la extraterritorialidad de la embajada fué una negación repulsiva del Derecho Internacional desde el punto de vista jurídico; y la tentativa de Inglaterra para destruir el tratado Chino-soviético de 1924, lo era igualmente desde el punto de vista político (59). Rykoff no tomó en cuenta, parece, que la política que perseguía lanzar al Oriente contra el Occidente debía tener como consecuencia inevitable una reacción hostil de todos los gobiernos de Europa y no solamente del gobierno británico. Realmente en Alemania misma cuando el comunista Stecker interpeló al gobierno con respecto a la pesquisa hecha en la embajada rusa en Pekín, el representante del Ministerio de los Negocios Exteriores respondió que el Ministro de Alemania en China no fué informado por el decano del cuerpo diplomático que fué quien autorizó esta pesquisa, pero que no consideró necesario intervenir o protestar por este asunto (60). Se ve, según esta respuesta, que aun los mismos amigos del gobierno ruso en Europa no estuvieron dispuestos a defender su política oriental. Es curioso anotar que hasta mucho tiempo después los soviets no comprendieron que esta reacción era inevitable y que era imposible provocar la revolución en Oriente sin producir la oposición de Europa. El 18 de abril de 1927, en el congreso de los soviets, Kalinin declaró, con motivo del estado de revolución en las colonias inglesas y la participación pretendida de la Unión Soviética, en este asunto: «Nuestros enemigos propalan, sobre esta base, las leyendas concernientes a nuestra participación o aun sobre nuestra iniciativa en estos movimientos revolucionarios» (61). Rykoff desarrolla la misma idea, observando que el poder soviético no podría transformarse en un Comité de Censura agradable para la Inglaterra; pero, muy pronto él mismo hace desaparecer la separación simulada entre la población rusa que simpatizaba con la revolución colonial y el gobierno ruso que permaneció neutral en este asunto.: «Nuestro Estado

es un Estado de obreros, por consiguiente, no solamente las organizaciones sino también el gobierno tiene el derecho de expresar su solidaridad fraternal y de clase con los obreros y trabajadores de otros países» (62). De este modo, el presidente de SNK reconoció el derecho de su gobierno a mezclarse en los asuntos del estado Chino, pero negó el mismo derecho a la Inglaterra: «La China es un Estado soberano y nosotros debemos responder de nuestra conducta en este país ante los chinos y no ante los ingleses» (63). En otro discurso, sin embargo, Rykoff se dió cuenta del peligro que amenazaba, la causa revolucionaria en Oriente: «Si los imperialistas tuviesen éxito al separar la China de Rusia y obtuvieran que el ejército rojo entrara en lucha con los Chinos, aunque fuese en un solo punto, toda la revolución China sentiría el contra-choque» (64). Sin embargo, la tarea de extender el campo revolucionario en Oriente, fué menospreciada por la necesidad de conservar las posiciones de la revolución en Rusia. Desde este punto de vista, fué preciso por el momento amenazar a la Europa con la perspectiva de una guerra eventual. El 10 de octubre de 1927, Vorochiloff, declarando que los estados capitalistas se preparaban a aniquilar antes de diez años el primer Estado obrero campesino, anunció que la futura guerra será una guerra de clases en la cual todas las fuerzas entrarán en lucha, los aviones y la química, suprimiendo las nociones de frente y de población civil (65). Al mismo tiempo, Kalinin, presentó a los Soviets en el papel de víctima inocente: «Apenas Cristo nació, las clases dominantes intentaron matarlo. La misma cosa ocurre con nosotros» (66). Semejantes pretensiones encontraron oyentes en el Occidente. Realmente, el 24 de Noviembre de 1927, Mac Donald, declaró en el parlamento que, según informaciones fidedignas, la primera cuestión con que la Rusia agitará a Ginebra será la de su propia seguridad (67). Rykoff, intentó presentar bajo una forma aceptable para Europa la política de conciliación que siguió a la bancarrota de las esperanzas rusas en la China, declarando en su discurso en el 4.º

Congreso de los Soviets: «La burguesía se esfuerza en aprovechar contra nosotros nuestra actitud hacia la S. D. N., reprochándonos no querer trabajar por la causa de la paz, pues nosotros no queremos todavía participar en la S. D. N. La cuestión de nuestras relaciones con esta puede tratarse de nuevo» (68). El deseo europeo de creer en la posibilidad de una evolución soviética fué tan fuerte que estas presunciones podrían haber encontrado de nuevo defensores en Occidente si el gobierno ruso mismo no las hubiese desmentido: Por una parte Rykoff terminó su discurso con la declaración de que Rusia no participará jamás en la S. D. N.; y por otra parte, en su informe dirigido al Zik, Litvinoff añadió: «Durante 11 años hemos probado nuestro amor a la paz, pero las otras naciones no lo han hecho; en estas condiciones la proposición para que nosotros sometamos nuestras diferencias con otros Estados a la decisión de un órgano francamente hostil, no es otra cosa que un chiste» (69). En este tiempo los Soviets después de su fracaso en China prefirieron un estado de paz a la guerra inmediata. Esta política fué facilitada por la conducta de Europa que, a pesar de los llamados relativos al frente unido de la burguesía internacional estaba llena de contradicciones que podían ser aprovechadas inmediatamente por los Soviets. En el informe de los años 1924 y 1925, el gobierno de la Unión reconoció: «La unión sigue aprovechando las diferencias entre los países capitalistas» (70). En el quinto congreso de los Soviets Rykoff, el más moderado de los bolcheviques, confesó: «Es preciso ser de una ingenuidad extrema para fundar la paz sobre el tratado de Versalles, que dejó oprimir a ciertos países por otros y esperar después una alianza única de todos los países y la desaparición de las diferencias internacionales. Esa ingenuidad ha traído el fracaso del frente unido contra la Rusia» (71).

V

Nosotros podemos obtener conclusiones políticas de la historia de las relaciones de Rusia y de la S. D. N. Es cierto que todos los Estados participantes en la S. D. N. querían la adhesión de Rusia. Los soviets siempre consideraban a Inglaterra como su más grande enemigo; por esto su conducta era especialmente examinada. El 18 de noviembre de 1925, durante la discusión del tratado de Locarno, en la Cámara de los Comunes tenía lugar un cambio de opiniones interesante sobre ese asunto. Mac Donald, jefe de la oposición, reprochaba a Chamberlain que Locarno podría dar a Rusia la impresión de un frente anti-soviético y le preguntó si este pacto tendía a unir el Occidente con Rusia. Chamberlain respondió «no, yo fui siempre contrario a una política semejante». Mac Donald precisó la cuestión preguntando si Locarno no fué hecho para separar Alemania de Rusia. Recibió de nuevo una respuesta negativa y el jefe del partido obrero dijo: «Estoy muy feliz, pues últimamente, yo, declaré que el gobierno no podría tener esta intención». Mac Donald añadió que él esperaba que se hiciera todo a fin de tener las puertas de la S. D. N. abiertas a Rusia en el momento mismo que ella quisiera entrar (72). Conforme a este punto de vista el partido obrero presentó a la Cámara la proposición siguiente: «la Cámara estima que este tratado debe ser seguido por otras gestiones políticas a fin de asegurar la adhesión de Rusia a la S. D. N. y su participación, en los acuerdos internacionales» (73). Esta proposición fué rechazada por mayoría de 332 votos contra 132 (74). Pero es fácil ver, yuxtaponiendo las opiniones de representantes de todos los partidos políticos, que entre ellos no había diferencias con respecto a la cuestión principal relativa a la entrada de Rusia en la S. D. N. Realmente, Chamberlain declaró que Inglaterra como los otros estados quería ver a la S. D. N. extenderse lo más posible. Pero Rusia debe pensar, ella misma,

en su admisión; la S. D. N. no puede suplicar a un Estado porque esta gestión sería inútil y disminuirá su autoridad. Hasta ahora Rusia rechaza entrar a la S. D. N. considerándola como una asociación de naciones basadas sobre un sistema contrario al suyo propio (75). El jefe de los liberales, Lloyd George, aprobó la política de Chamberlain en este sentido: «yo no critico al Ministro de Relaciones Exteriores en lo que respecta a su política hacia Rusia porque es imposible hacer entrar esta última a la S. D. N.» (76). Una declaración tan categórica, que viene de un hombre semejante, evita todas las dudas en esta cuestión; pero es más que eso, porque Ponsonby, el autor de la proposición del partido obrero declaró: «Chamberlain tiene razón. La Rusia no está preparada para entrar en la S. D. N.» (77). En los documentos presentados para el año presupuestario de 1925-26, el gobierno soviético aun acusa a la S. D. N. de querer desencadenar la guerra por el medio de la adhesión obligatoria de sus miembros a las convenciones militares de las terceras potencias (78). En su informe al Congreso del Soviet, Rykoff, demostró que toda otra opinión al respecto de la S. D. N. no es más que una ilusión pasajera: «Cuando se presenta una guerra o una agresión de un Estado fuerte contra un Estado débil, la S. D. N. no existe; es solamente un instrumento de un reducido grupo de Estados imperialistas para dominar a los otros» (79). Sin embargo, el gobierno ruso se contradice con relación a esta acusación. «El antagonismo de los estados capitalistas no permite allanar las diferencias existentes ni crear un solo centro político internacional del capitalismo» (80). Y añadió: «las relaciones con la Rusia se intensifican y hacen casi imposibles los planes de intervención y de la creación de alianzas enemigas contra nosotros». No obstante, esa justa apreciación de la situación, el gobierno soviético continuó siempre refiriéndose al peligro que le amenazaba de parte de los Estados capitalistas, a fin de justificar su imposibilidad de pasar a un estado de paz. Clynes, un miembro del partido obrero inglés declaró mucho antes: «Si es verdad

que los estados capitalistas preparan la guerra esto es una razón más en favor del desarrollo de la fuerza de la S. D. N.» (81). Pero si el gobierno ruso cree seguro que la clase obrera tendrá éxito en la tarea de crear un centro de colaboración internacional, ya que, no hay diferencia entre proletarios, se plantea la cuestión de saber por qué admitió Rusia relaciones con la S. D. N. hasta entrar últimamente en el organismo ginebrino. La respuesta es clara. La permanencia del gobierno ruso doctrinario, en calidad de dirigente del vasto Imperio ruso, les forzó a pesar de sus tendencias, a buscar una solución o un alivio a una amenaza presente en los acuerdos diplomáticos. El doctor viene siempre después de la enfermedad. En las actuales condiciones de perturbación, que pesan grandemente sobre los hombros de los políticos mundiales, la adhesión de Rusia es, indudablemente, un elemento de alivio. Quizás, sea también un medicamento necesario para la Rusia, pues ella, aprovechando los esfuerzos pacíficos de Ginebra, reconoce su política actual no solamente como un contratiempo pasajero sino como la abdicación definitiva a sus planes de revolución mundial. Si eso fuera posible respecto a la política exterior rusa, sería necesario que el cambio de la política interior siga también estas etapas en el porvenir. Antes que esta evolución se realice «timer Danaos et dona ferentes».—Profesor BORIS SHATZKY.

(1) The intimate papers of Col. House, vol. III, p. 283.

(2) Débats parlementaires, «Ch. des Députés», vol CVIII bis, p. 2726

(3) Ibidem, 25 September 1919, vol CVIII quater, p. 4132.

(4) Journal Officiel, de la E. D. N., de 1920, p. 99.

(5) Journal Officiel, 1920, p. 150.

(6) Journal Officiel, 1920, p. 219.

(7) Parliamentary Debates, 19/5/1920. Commons, vol CXXIX, p. 1465. Comparer aussi: 5/8/1920, vol. CXXXII, p. 2622 et suiv.

(8) Journal Officiel, Juin 1922, p. 680 y sigts.

(9) id. id. Mayo 1922, p. 537.

(10) id. id. Agosto 1922, vol. II annexe 385, p. 929.

- (11) id. id. Agosto 1922, vol. II, p. 809.
- (12) id. id. Marzo 1923, annexe 456, p. 297.
- (13) id. id. p. 2711.
- (14) Parliamentary Debates, «House of Commons», vol. CXXXIX, p. 2762.
- (15) id. id. 3/4/1922, vol. CLII, p. 1914.
- (16) id. id. vol. CXVI, p. 1271.
- (17) id. id. CLII, p. 1899.
- (18) Parliamentary Debates, «House of Commons», vol. CLII, p. 1931.
- (19) id. id. vol. 152, p. 1956.
- (20) id. id. vol. CLII, p. 1936.
- (21) id. id. vol. CLIII, p. 1880, Dans les Mémoires de Gregory se dice: Creo posible que Lord Curzon concluya un acuerdo con la Rusia. On the edge of diplomacy, p. 2456.
- (22) Ib. vol. CLII, p. 198.
- (23) id. id. vol. CLII, p. 1947.
- (24) Journal officiel, 1922, pp. 178-184.
- (25) Parliamentary Debates, Commons, vol. CLII, p. 1958.
- (26) El 16 Aout 1921, vol. CXLVI, p. 1238.
- (27) El 10 de Abril de 1922, vol. CLIII, p. 20.
- (28) Documentos concernientes a la actividad de S. N. K. durante el primer trimestre 1923/26, p. 31 (en ruso).
- (29) Documentos concernientes a la actividad de S. N. K. durante el tercer trimestre 1924/25, p. 21 (en ruso).
- (30) Ib., p. 9.
- (31) Ib. durante el segundo trimestre de 1924/25, p. 16.
- (32) Documentos concernientes de S. N. K. 3er trimestre 1924/25, p. 17.
- (33) Ibid. p. 18.
- (34) Ibid. 4.º trimestre 1926/27, p. 13/14.
- (35) El informe de Rykoff.
- (36) El Congreso del soviet R. S. S. de 1929, las minutas estenográficas, p. 6 (en ruso).
- (37) Atti parlamentary del 10 de Marzo de 1927, p. 6872 y siguiente.
- (38) Stenographische Berichte des Deutschen Reichstages, el 24 de Junio de 1927, p. 11036.
- (39) Lord D'Abernon's Diary, 1929, vol. II, p. 122.
- (40) Ib. vol. I, p. 252.
- (41) Ib. vol. II, p. 62.
- (42) Ibid vol. I, p. 303.
- (43) 4.º Congreso de los soviets la minuta estenográfica, p. 25 (en ruso).

- (44) *Stenographische Berichte*, el 10 de Junio de 1926. p. 7434.
- (45) *Stenographische Berichte*, p. 7442.
- (46) *Stenographische Berichte*, 22/Marzo/1927, p. 9814.
- (47) *Ibid*, p. 9817/19.
- (48) *Ibid*, p. 9876, y siguiente.
- (49) *Ibid*, 5 Abril de 1927, p. 10502.
- (50) *Ibid*, p. 9849.
- (51) *Parliamentary Debates*, vol CLXXXVIII, p. 523.
- (52) *Ibid*, 15/12/1924, vol. CLXXIX, p. 691.
- (53) *Ibid*, 12/2/1924, vol. CLXIX, p. 772.
- (54) *Ibid*, v. CLXIX, p. 2044.
- (55) *Ibid*, vol. CLXXXVIII, p. 533.
- (56) *Parliamentary Debates*, 1925, vol. CLXXXVII, p. 523.
- (57) *Documents concernant l'activité du S. N. K.* «2.º trim. 1924/25, pp. 8-9.
- (58) *Ibid*, 1er. trimestre 1924/25, p. 6.
- (59) *El Congreso pan-ruso delsoviet*, minuta estenográfica, 1927, p. 9 y 11 (en ruso).
- (60) *Stenographische Berichte*, 8/4/1927, p. 10657.
- (61) *El 4.º Congreso de la Unión delsoviet*, la minuta estenográfica, p. 3.
- (62) *Ibid*, p. 9.
- (63) *Ibid*, p. 18.
- (64) *Ibid*, p. 11.
- (65) *Congreso pan-ruso de obreros y de paisanos*, minuta estenográfica 1927, p. 17 y 18.
- (66) *Ibid*, p. 33 y 34.
- (67) *Parliamentary Debates*, vol. CCX, p. 2100.
- (68) *4.º Congreso del soviet*, minuta estenográfica, p. 19.
- (69) *La actividad de S. N. K.* los documentos para el 1er. trim. 1928-1929, p. i1, 16.
- (70) *Ibid* documentos para el año 1924/25.
- (71) *El 5.º Congreso de los soviet*, la minuta estenográfica, 20-28 de Mayo de 1929, p. 8.
- (72) *Parliamentary Debates*, vol. CLXXXVIII, pp. 439-443.
- (73) *Ibid*, p. 465.
- (74) *Ibid*, p. 536.
- (75) *Ibid*, 423/24, p.
- (76) *Parliamentary Debates*, vol. CLXXXVIII, p. 452.
- (77) *Ibid*, p. 469.
- (78) *Documentos por el año 1925/26*, p. 3.

(79) 4.º Congreso, minuta estenográfica, p. 20.

(80) Documentos para el 1er. trim. 1925/26, p. 27. En el mismo tiempo en todos los parlamentos del mundo, los partidarios del acercamiento con Rusia invocan los éxitos de vecinos en los negocios con la Rusia, así por ejemplo el 8 de Febrero de 1928 en el parlamento de Chile, el señor Reyes se apoyó en su argumentación en el éxito argentino, boletín de sesiones extraordinarias 1928, p. 2530.

(81) Parliamentary Debates, 22 de Diciembre de 1927, vol. CXXXVI.